



WE ARE CHURCH International

Sábado, 12 de septiembre de 2026

Tema: Centinela, ¿qué hay de la noche?

Facilitadores: Elsa F. y Roberto F.

♪ Canción de apertura: Ngiyakubona

https://www.youtube.com/watch?v=V_6jpPx2zPU

“Ngiyakubona” significa «te veo» en zulú.

Es el mensaje sencillo de que toda persona merece ser vista, acogida y tener un lugar.

Facilitadora

Queridas hermanas y hermanos, ¡bienvenidos!

Con el canto de apertura hemos expresado nuestra alegría de volver a vernos, de encontrar miradas radiantes, de contar con un espacio compartido donde nos sentimos esperados y acogidos. Con esa misma alegría, nos reunimos en la comunidad suprema del Amor: el Padre y la divina Ruah.

¿Tenemos todos a mano un poco de pan, algo de vino y una pequeña vela? Mantengámoslos ahí; los encenderemos más tarde.

En esta celebración, queremos compartir con ustedes algunas reflexiones surgidas de dos encuentros maravillosos en los que participamos durante el verano. El seminario organizado por la Coordinación de Mujeres Teólogas Italianas, celebrado a orillas del lago de Garda, se centró en el tema «Custodiar los umbrales» y se inspiró en este pasaje de Isaías.

Lectora 1

Isaías 21, 11-12

11 Oráculo sobre Dumá.

Alguien me grita desde Seír:

«Centinela, ¿qué queda de la noche?

Centinela, ¿qué queda de la noche?»

12 El centinela responde:

«Llega la mañana, y también la noche.

Si queréis preguntar, preguntad;

volved de nuevo».

Facilitadora

La biblista sor Grazia Papola comentó este pasaje con palabras que resonaron en nosotros.

Lectora 2

Este oráculo constituye uno de los pasajes más enigmáticos y misteriosos de la Biblia. Se considera que está ambientado hacia el final del exilio en Babilonia. Las menciones a Dumá y Seír aluden a la región de Edom. Son los edomitas quienes preguntan al profeta-centinela cuánto tiempo más deberán esperar para liberarse del yugo babilónico, simbolizado por la noche. El centinela responde que la llegada de la mañana ofrece un atisbo de esperanza, pero el retorno de la noche extingue dicha esperanza y señala que la opresión persiste. No obstante, concluye instándoles a seguir planteando la pregunta y a «volver», verbo que en hebreo puede significar «convertirse», «arrepentirse» o «cambiar de modo de vida». Sin embargo, existen interesantes matices interpretativos:

- Dumá y Seír, además de designar lugares, significan en hebreo «silencio» y «huracán», respectivamente. Por ello, cabría traducir el pasaje así: «Oráculo del silencio. Me grita desde el huracán». Ambas son imágenes recurrentes en el Primer Testamento para representar la manifestación de Dios (baste recordar a Elías en la montaña).
- La palabra hebrea *shomer* significa no solo «centinela», sino también «guardián». Es el mismo término que emplea Caín cuando dice: «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?». Así pues, el centinela es quien, al observar y vigilar, protege; ejerce una forma de cuidado que encarna la fraternidad, incluso hacia aquellos que se encuentran más lejos o más allá de las propias fronteras.

Lectora 3

- Mientras que en otros idiomas, como el italiano, la traducción de la pregunta al centinela es: «Centinela, ¿cuánto queda de la noche?» —haciendo referencia así a la duración de la noche—, en hebreo la frase carece de verbo, por lo que suena literalmente así: «Centinela, ¿qué hay de la noche? Centinela, ¿qué hay de la noche?». La pregunta se centra estrictamente en el aquí y el ahora, en el momento presente, y su significado podría expresarse así: «Centinela, ¿qué sucede esta noche? ¿Hay alguna novedad?».

- «Llega la mañana, y luego sigue la noche; si queréis preguntar, preguntad; ¡volved, venid!».

En el «hoy» de la noche, el profeta desafía a sus oyentes a explorar la noche, que sigue siendo un lugar de sabiduría para discernir el sentido de un mensaje. La noche es un tiempo propicio para formular preguntas y emprender un camino de regreso a lo esencial. Así, la noche se presenta como un tiempo y un lugar decisivos para el discernimiento, lejos del clamor y el ruido de la actividad humana.

Los tres verbos sucesivos —preguntar, volver (convertirse), venir— señalan un camino que recorrer a lo largo de la noche. Comienza con las preguntas que hay que formular, lo cual es lo opuesto a ofrecer respuestas. A las preguntas les sigue el proceso de conversión, que es un viaje. El «venid» indica un destino. Se enciende una luz en la noche: un amanecer en medio de la oscuridad.

Guardemos un momento de silencio.

🎵 De noche iremos (Taizé)

<https://youtu.be/WjhhM5dz4FA?si=4YF7XuJP953trO41>

De noche iremos, de noche: a buscar el manantial, solo nuestra sed nos guía.

Facilitadora

Nuestra segunda fuente de inspiración proviene de una semana de formación ecuménica a la que asistimos entre julio y agosto en el pintoresco monasterio benedictino de Camaldoli, enclavado en un hermoso bosque de la Toscana. El tema de la semana fue: «Iglesias en un mundo secularizado: una perspectiva ecuménica». La teóloga Lucia Vantini nos habló sobre «Una forma diferente de lo sagrado: expresar la vida».

Lector 4

Un hombre cuida el rebaño de otro en el desierto cuando ve una zarza que arde sin consumirse (Éxodo 3). Todos conocemos bien esta escena. Me gustaría centrarme en un solo detalle: el orden en que se suceden los acontecimientos. Primero hay un gesto: «Quítate las sandalias, porque el lugar donde estás es tierra santa». A Moisés no se le pide nada; se le ordena quitarse las sandalias y solo después, descalzo, percibe lo que ese suelo encierra: «He visto la miseria de mi pueblo, he escuchado su clamor, conozco sus sufrimientos». Así pues, aquí lo sagrado no se presenta como un aura que rodea una zarza: es un clamor que solo puede escucharse estando descalzo.

Lector 5

Durante mucho tiempo hemos contado una historia muy sencilla: la modernidad avanza, la religión retrocede y lo sagrado se desvanece. Sin embargo, esa historia fue desmentida por los hechos incluso antes de ser cuestionada por las teorías. En ciertos aspectos, asistimos a un «reencantamiento» del mundo, para bien o para mal. Un mundo secularizado ofrece pluralidad, pensamiento crítico y el marco que nos permite desenmascarar ciertos juegos —tanto simbólicos como prácticos— mediante los cuales hemos sacralizado el poder patriarcal, religioso y político. Y la transformación más significativa en todo esto es que el marco religioso que administraba lo sagrado se ha desmoronado. Se percibe un desgaste de las religiones, una pérdida de relevancia. Y esto representa también una oportunidad para nosotros. Ahora es posible reconocer lo sagrado allí donde siempre ha estado —en la vida misma—, pues lo sagrado constituye su esencia misma, no un mero adorno. Mientras hay vida, hay sagrado.

Esto explica también ese «reencantamiento» que las estadísticas registran sin saber muy bien cómo denominarlo: una espiritualidad más íntima, más personal, más individual y más inmersiva, reconocible sobre todo en las generaciones más jóvenes.

Lector 6

Invoco tres voces.

Son tres mujeres; ninguna de ellas habla desde el interior de una iglesia, pero las tres expresan, cada una a su manera, lo mismo: lo sagrado constituye la vida, es la fuente de la vida, reside en la vida, es la profundidad de la vida. La primera autora es **Simone Weil**, quien lo formula con mayor concisión al decir:

«En todo ser humano, desde la primera infancia hasta la tumba y a pesar de todas las adversidades —la experiencia de crímenes cometidos, sufridos y presenciados—, existe algo que anhela invenciblemente el bien y no el mal. Siempre que ese grito infantil —que ni siquiera el propio Cristo pudo contener— surge de lo más profundo del corazón humano: "¿Por qué me haces daño?", sin duda hay una injusticia». El bien es la única fuente de lo sagrado. Lo sagrado reside en la vida como una forma de expectativa del bien.

Lector 7

La segunda voz es la de **María Zambrano**, quien aporta a esta intuición un fundamento generativo. Ella afirma: «Lo sagrado reside en la vida» y lo denomina «una placenta oscura». Toda la realidad es sagrada, pero lo sagrado se percibe, se experimenta y se reconoce allí donde surge algo nuevo, donde la vida transita de la oscuridad a la luz. Es una perspectiva pascual, aunque expresada en otros términos. En el cristianismo existe una vertiente oculta que las mujeres han captado a menudo; no por caer en esencialismos, sino porque, desde posiciones marginales, a veces se entretejen hilos que resultan menos visibles a plena luz del día. Para un hombre, la sangre es casi siempre señal de un cuerpo herido o enfermo; de ahí que el cristianismo se haya convertido también en una religión del sacrificio vinculada a la sangre como herida, como muerte, como expiación vicaria. Para una mujer, la sangre es ante todo una promesa de vida, y las normas de pureza han tomado como medida ese afán por controlar el poder de la vida, lo que, en última instancia, ha neutralizado el sentido generativo de esta experiencia. Así, sin darnos cuenta, hemos interiorizado la idea de que la sangre sirve para significar la expiación de la falta de una persona en nombre de otra.

De esta reflexión extraigo el desafío de disolver la lógica del sacrificio —la ofrenda que aplaca, el don que impone una obligación, la sangre que expía— en favor de otra lógica del sacrificio: la de consagrar aquello que, en nuestra vida, constituye la energía que produce novedad, hace florecer las vidas y genera justicia.

Lector 8

La tercera voz que traigo a colación es la de **Julia Kristeva**, psicoanalista no creyente; la incluyo porque formula una acusación muy concreta contra el cristianismo. Se trata de una especie de reproche por el «despilfarro de lo sagrado». En las narrativas cristianas —sostiene ella— se conservan relatos sagrados: historias de amor, de sufrimiento y de horror que, en su origen, hallaron una simbolización fecunda en el seno del cristianismo. Sin embargo —afirma—, nosotros, los cristianos, ya no somos conscientes de ello: hemos adquirido una costumbre que ha embotado nuestra percepción de esa matriz sagrada de palabras e historias.

Su diagnóstico es, pues, el siguiente: lo que se ha disuelto no es un legado de creencias, sino lo que podríamos llamar un proceso de elaboración: la elaboración del trauma de un Dios al que ya no podemos ver. Necesitamos despejar la mirada, purificar el corazón y retomar ciertos gestos. Ella dice: «Hemos perdido la energía sagrada de aquellas historias profundas que nos ayudaban a expresar lo que vivimos, especialmente las experiencias más radicales».

Podemos afirmar que lo sagrado es la matriz de la vida. El problema es que ya no tenemos palabras, y esta matriz ha enmudecido. Lo sagrado es vida, pero se ha vuelto mudo. Así, nos encontramos solos, con un trauma que elaborar: el trauma de la presencia de un Dios al que apenas logramos captar con fuerza, narrar o compartir.

Guardemos un momento de silencio.

♪ La ténèbre n'est point ténèbre (Taizé)

<https://youtu.be/jVBMrUGjvKc?si=qMA7Z6dVEAPPfRxN>

La oscuridad no es oscuridad ante Ti. La noche, al igual que el día, es luz. (Francés).

Facilitadora

«Centinela, ¿qué nos trae la noche?».

¿Podemos poner nombre a las noches que vivimos hoy, tanto en la sociedad como en la Iglesia?

¿Vemos algún atisbo de amanecer?

En esta «noche», ¿dónde podemos encontrar lo sagrado? ¿Qué pensamos de la afirmación de que lo sagrado está en el seno de la vida?

Pedimos a quien tome la palabra que encienda su pequeña vela frente a la pantalla. Incluso si no deseamos hablar, se nos invita a encender nuestra vela para aportar algo de luz a esta noche...

Intervenciones libres

Facilitadora

Escuchando lo sagrado que habla desde nuestras vidas y nuestros cuerpos, les ofrecemos esta profesión de fe, escrita por una pastora bautista, Lidia Maggi.

Sugerimos leerla alternando las voces: primero las mujeres, luego los hombres.

Mujeres: Creemos en Dios, quien nos creó capaces de dar y recibir amor. Creemos que nuestros cuerpos hablan de Su gloria y que las caricias, los besos y los abrazos de quienes aman son Su santuario predilecto. Creemos que nuestros cuerpos, tan frágiles y hermosos, son esenciales para encarnar nuestra fe. No creemos en una fe que niega el cuerpo en favor del espíritu. Nos atrevemos a creer que, en la experiencia única de quienes aman entregándolo todo, reside el sello divino.

Hombres: Creemos en Jesucristo, que es el cuerpo de Dios entre nosotros. Nacido de una mujer sencilla, vivió, se alegró y sufrió, tal como nosotros. Vino a liberar nuestros cuerpos de las cadenas del moralismo y del ascetismo religioso. Vino a sanar nuestra parálisis y a enseñarnos la danza de la vida. Su cuerpo fue violentado, torturado y ultrajado por los poderes políticos y religiosos. Pero la tumba se convirtió en cuna de vida levantada, resucitada. Esa vida a la que todos estamos destinados.

Mujeres: Creemos en Ruah, quien, como el cuerpo de una niña pequeña, no puede estarse quieta. Ella se mueve, juega, baila y crea cosas nuevas. Ama los espacios abiertos, los jardines y la fruta fresca. No teme ensuciarse mientras corretea. Le encanta refugiarse en las cocinas donde las mujeres preparan postres especiales para la fiesta.

Hombres: Creemos que la Iglesia es una realidad de cuerpos redimidos y libres, liberados de sentimientos de culpa. Una comunidad capaz de acoger y celebrar las múltiples manifestaciones del amor. Creemos en el poder y la energía de nuestra sexualidad, que nos abre al misterio de la vida que se renueva.

Facilitadora

Ahora queremos compartir las oraciones que surgen de nuestros corazones. A cada invocación, respondemos:

Señor, permítenos quitarnos las sandalias y escucha nuestro clamor.

Facilitadora

Y ahora, celebremos todos juntos el memorial de la Cena (leamos despacio, juntos):

Envía, Señor, tu *Ruah* para vivificar estos dones, para que sean para nosotros alimento de vida y esperanza, tal como lo fueron para los primeros discípulos, los hombres y mujeres que acompañaron a Jesús en su camino.

Porque en la noche en que fue entregado, mientras comían, tomó el pan, pronunció la oración de bendición, lo partió, lo dio a su comunidad reunida en torno a él y dijo: «Tomad; esto es mi cuerpo».

Luego tomó la copa de vino, pronunció la oración de acción de gracias, la repartió y todos bebieron de ella. Jesús dijo: «Esta es mi sangre, derramada por todos; con esta sangre Dios renueva su alianza».

Al recordar a Jesús de Nazaret, conmemoramos a todos aquellos que, como él, han luchado por conquistar espacios de dignidad y liberación. Al hacerlo, se toparon con el rostro inhumano del poder, que no tolera espíritus libres y sin amo.

Al partir este pan, nos proponemos compartir «trozos» de nuestras vidas, de nuestro tiempo y de nuestras energías, sabiendo que en este «partir» no hay «pérdida», sino el gozoso descubrimiento de otras manos, otros rostros y otros caminos.

Mientras saboreamos el aroma de este pan y de este vino, recordamos que la tierra pertenece a Dios y que sus frutos se nos entregan gratuitamente, como un don.

Ahora, puesto que somos el Cuerpo de Cristo, comamos el pan y bebamos el vino juntos mientras escuchamos una canción: es un homenaje a un gran cantautor italiano, Francesco Guccini, fallecido el 6 de agosto. La canción está inspirada en el versículo de Isaías sobre el que hemos estado reflexionando, en hebreo: *«Shomer ma millaylah? Shomer ma millel?»*: «Centinela, ¿qué hay de la noche?».

🎵 **Shomèr ma mi-llailah?**

<https://www.youtube.com/watch?v=zEr9wwXKrfM>

Facilitadora

El padre Giovanni Vannucci, teólogo servita, escribió:

El arameo no conoce nuestro modo subjuntivo; su tiempo verbal es el presente: no debemos leer «venga tu reino», sino «tu reino viene»; no «hágase tu voluntad», sino «tu voluntad se cumple»; no «danos hoy nuestro pan de cada día», sino «nos das el pan de hoy y de mañana». Lo que hasta ahora hemos traducido como peticiones al Padre son, en realidad, afirmaciones de fe; el propio Jesús lo dice: «Vuestro Padre del cielo sabe muy bien lo que necesitáis; ¡no hace falta pedirlo!». Así pues, digamos juntos:

Padre nuestro, Madre nuestra, que estás en el cielo, santo es tu nombre. Tu reino viene, tu voluntad se cumple en la tierra como en el cielo.

Nos das el pan de hoy y de mañana.

Perdonas nuestras deudas en el momento en que perdonamos a quienes pecan contra nosotros.

No nos abandonas a la tentación, sino que en la tentación nos libras del mal. Amén.

Facilitadora

Ahora deseamos dar y recibir bendiciones. Unamos nuestras manos virtualmente. La mano izquierda tiene la palma hacia arriba, para recibir; la mano derecha tiene la palma hacia abajo, en el acto de dar. Esto nos recuerda que nadie es tan pobre como para no tener nada que dar, y nadie es tan rico como para no tener nada que recibir. Recitemos juntos (lentamente) esta oración proveniente de Zimbabue:

Abre mis ojos para que vean las necesidades más profundas de las personas.

Mueve mis manos para que alimenten a los hambrientos.

Toca mi corazón para que lleve consuelo a los desesperados.

Enséñame la generosidad que acoge a los desconocidos.

Concédeme compartir mis bienes para vestir a los desnudos.

Concédeme unirme a la lucha por la liberación de los prisioneros.

Pues al compartir nuestras angustias y nuestro amor,

nuestra pobreza y nuestra prosperidad,

participamos de tu presencia divina.

Amén.

Facilitadora

Concluyamos esta celebración y volvamos a la primera forma de adoración —que es la Vida misma, en comunión con nuestras hermanas y hermanos de otras Iglesias— cantando *Abide with me* (Quédate conmigo), un célebre himno escrito en 1847 por el vicario anglicano escocés Henry Francis Lyte. Se lo presentamos en la nueva versión preparada durante la pandemia de COVID —resulta un tanto impactante ver en el vídeo las mascarillas que debíamos llevar entonces—, con una letra que expresa nuestro compromiso de ayudar a Dios a transformar, revitalizar y sanar la sociedad, como pequeñas luces en la noche, mientras aguardamos el Reino.

♪ **We seek your Kingdom**

<https://www.youtube.com/watch?v=2Lp2mMpSa1E>